

MARTINIANO LEGUIZAMÓN

ORACIÓN

DE LA BANDERA



LA PLATA

TALLERES GRÁFICOS DE JOAQUÍN SESE

1909

ORACIÓN DE LA BANDERA

ORACIÓN DE LA BANDERA

PRONUNCIADA POR EL
PRESIDENTE DEL CONSEJO ESCOLAR X

DR. MARTINIANO LEGUIZAMÓN

EN EL ACTO DE LA JURA
POR LOS NIÑOS DE LAS ESCUELAS PÚBLICAS DEL DISTRITO

Buenos Aires, Julio 8 de 1909



LA PLATA
TALLERES GRÁFICOS DE JOAQUÍN SESÉ
1909

L IANA 23.16



Pauca verba ante magna facta.

SEÑORAS, SEÑORES:

Saludo ante todo á los altos representantes del Consejo Nacional de Educación que han querido honrar nuestra fiesta. Y á las dignas damas que dan con su presencia en esta tribuna, una nota de armonía, de gracia y de belleza alentando con sus sonrisas á la caravana juvenil que anhelosa aguarda. Para ella también mi efusiva reverencia.

El espectáculo que presenciamos es sencillo y grande á la vez. Sencillo por el jubiloso grupo escolar de cuatro mil niños que van á realizar esta cívica ceremonia; grande, porque sentimos palpar sus corazones vibrando con un sólo sentimiento, inquietados por una sola preocupación, al conjuro de esas voces sagradas para los hijos de cualquier colectividad civilizada: la patria, el himno y la bandera.

Todo habla de patria en este instante como predisponiendo al espíritu para saturarse con los recuerdos que avivan la emoción de la nacionalidad. Acabamos de escuchar el coro de sus voces infantiles, con las estrofas marciales del himno que canta las glorias de la revolución y los anhelos patricios de los que fundaron el vínculo de la nueva nación que surgía con la sien coronada de laureles; y para imprimir al cuadro su apropiado colorido, flamean al viento que pasa los límpidos colores de nuestra enseña, que parece flotando en las alturas—como dice la gráfica imagen del poeta:

Blanca nube que cueiga del espacio
Con un jirón del firmamento atada!...

El tema y el ambiente son propicios á la alta evocación, y ojalá mi palabra lograra traducir sencillamente, como lo exige el auditorio, el fin trascendental de esta ceremonia.

La jura de la bandera — que por primera vez practican los niños de las escuelas públicas—no es una simple fiesta conmemorativa del aniversario de nuestra emancipación. Tiene una finalidad más culminante, se orienta en propósitos patrióticos que miran al porvenir. Se quiere imprimir, á manera de sello hondo y duradero, en el alma del niño que mañana será ciudadano, en

el corazón de la madre futura, el sentimiento y el culto de la tradición argentina, sin preocupaciones de raza, de sangre, ni de religión; sin recelos hostiles hacia los brazos extranjeros que nos ayudan á labrar la tierra para acrecentar las riquezas del país.

No es entonces un alarde de vano patriotismo el que motiva la fiesta, sino la realización de una previsora práctica de civismo, al exigir que la escuela del Estado donde se plasma el espíritu de nuestros hijos, lo modele dentro del austero y noble cuño de los que formaron á costa de sangre y de sacrificios los indisolubles vínculos de la nacionalidad, de los que tallaron en el áspero granito de las altiveces nativas, los perfiles característicos del alma argentina.

Y es, sin duda, oportuna é imperiosa esa exigencia de la hora presente, señores, en presencia del aluvión de los entreveros étnicos, ante la abigarrada mezcla de sentimientos, de creencias, de hábitos y hasta de lenguas, en que se está fundiendo el nuevo tipo del pueblo homogéneo, que el vaivén de las corrientes inmigratorias hacen cada día más indeterminado y vago.

El fenómeno es mayormente sensible aquí, que en ninguna otra porción del territorio, por ser mayor la afluencia de elementos extraños que á diario se incorporan al núcleo nativo, pero sin

perder los rasgos típicos de su fisonomía originaria. Y si asombra en verdad la expansión de nuestras riquezas materiales, el desarrollo de la cultura y del progreso de esta metrópoli que ha superado con exceso aquel clarovidente vaticinio —¡la gran capital del sur!—pero debemos confesarlo, esa misma ráfaga del progreso va también borrando rápidamente los perfiles del espíritu argentino, que agoniza bajo un exotismo multicolor y brillante.

Y cuando se piensa que no siempre el tipo y los anhelos nuevos, valen el tipo y los anhelos desdeñados por arcáicos, se justifican estas inquietudes civiles — que muchos sienten sin atreverse á formular—de los que procuramos salvar del cosmopolitismo invasor el aroma añejo de nuestras tradiciones...

No desnaturalizan esos anhelos la amplia garantía del preámbulo de la Constitución, cuando franquea las fronteras del territorio á todos los hombres del mundo que quieran habitarlo. La enseñanza del patriotismo en las escuelas no es dada para inducir al niño á mirar en menos á los demás países, ni para inflarnos de vanagloria, como se ha dicho en estos días, adulterando los altos móviles de esta ceremonia.

Pero es indiscutible el derecho y la conveniencia de que la escuela pública perpetúe la orien-

tación nacionalista, al incorporar los nuevos elementos de cultura y civilización que nos llegan de todas partes, con espíritu amplio, libre de prejuicios recelosos contra los que nacieron bajo extraños cielos, desde que millares de hijos de extranjeros fraternizan con nuestros hijos en el aula, el taller y el hogar, y extranjeros son los modelos y métodos de que nos valemos en la enseñanza. Extranjeros son también los artistas á quienes acaba de confiarse la ejecución de los dos grandes monumentos del centenario: á Brizzolara, italiano, el de la Independencia; y á Ferrari, oriental, el del Ejército de los Andes....

Atravesamos el período de formación del tipo ciudadano del futuro, obedeciendo al imperio de leyes sociológicas en que la sangre de miles de seres venidos de regiones lejanas y distintas va á mezclarse y á reproducir las particularidades y las aptitudes del remoto ascendiente; y eso mismo obliga á los directores de la enseñanza á vigilar con cautela el desarrollo de ese proceso de fusión y asimilación del cual dependerá la grandeza nacional.

No basta pensar en que seremos grandes por el acrecentamiento de los habitantes de mañana; sino en que hemos de ser grandes y fuertes por la solidaridad del sentimiento y del vínculo que nos una; y eso no lo lograremos si el espíritu

territorial desde Misiones al Estrecho y del Plata á las cumbres de la Cordillera, no es idéntico; si los ideales del patriciado nativo no son los que orientan los derroteros de esta cara tierra argentina, en su avance al porvenir!...

NIÑOS DEL DISTRITO ESCOLAR X Y DE LAS ESCUELAS EVANGÉLICAS:

La bandera que vais á jurar es el símbolo de la eternidad de esta patria grande y fraternal. Bajo sus colores inmaculados se compendia toda nuestra historia. Nació entre fragores de combate para mostrar el empuje y los anhelos de un pueblo que odiaba el tutelaje opresor, con el juramento categórico de ser libre, y en los años vividos el humo de muchas victorias y los frutos de la independenciam y la paz aseguradas á su sombra, han confirmado aquel juramento viril.

El celeste y blanco de que está formada, sirvió de distintivo á los nativos en 1806 y 1807, cuando las invasiones inglesas al Río de la Plata. Fué divisa en el sombrero de los patriotas en la revolución del 25 de Mayo de 1810. Con sus colores se tejió la escarapela que lleváis sobre el pecho; con ellos formó Belgrano la primera bandera argentina que juró el ejército libertador al

marchar al Alto Perú, consagrándola desde aquel instante memorable como pendón de independencia y de batalla.

Conocéis la trayectoria que recorrió en su empresa redentora desde las riberas del Plata á las montañas del Ecuador, jalonando su marcha con laureles de triunfo. Es la misma enseña que nuestros audaces corsarios pasearon por casi todos los mares del mundo; la que Bucharcho y Brown ataban al mástil más alto de sus naves para realizar hazañas que parecen arrancadas á una canción de gesta. La que Alvear agitó sobre las pedregosas cuchillas de Ituzaingó; la que Mitre hizo tremolar hecha jirones pero vencedora, tras el sangriento y largo batallar contra las huestes del osado enemigo, que un día posó la planta sobre tierra argentina...

Mensajera de libertad en su arranque inicial; símbolo de paz, de trabajo, de cultura y garantía de justicia en el presente. Tal es nuestra bandera.

Ya véis que tiene limpios timbres de honor y de gloria, para merecer el homenaje de reverencia y de amor que con este acto le tributáis. Amadla siempre porque es vuestra; amadla como se ama á la madre, más que á la propia madre. porque ella representa la patria, y la patria argentina es nuestra madre común.

Quiero referiros ahora dos breves episodios históricos que os enseñarán cómo la amaban y la defendían los soldados de la patria vieja. Escuchádmeme y grabad en vuestros corazones el recuerdo.

Ya San Martín se había retirado de la dirección de la campaña libertadora del Perú, cuando un día dos traidores sublevaron los restos de su batallón entregando las fortalezas del Callao á los realistas. Estaba de centinela en el torreón del castillo el negro Falucho; los sublevados le intiman que presente las armas al estandarte del rey, que acababan de izar en el asta donde antes flameaban los colores argentinos, y aquel negro sublime—en un arranque heróico que ha inmortalizado el verso y el bronce — prefirió hacerse matar antes de cometer semejante ultraje á la bandera de sus cariños natales.

Oid el final que culmina el magnífico episodio.

Nuestra enseña fué arriada por manos traidoras en aquel triste día, y hubiera sido trofeo del enemigo si otro soldado oscuro no la salva, ocultándola en el fondo de una petaca, y al morir no la lega á su compañera para que la entregara á nuestros jefes el día en que se rindiese la plaza.

Y aquella pobre mujer de soldado—una noble y leal parda cuyo nombre no recuerda la histo-

ria — cumplió el voto del moribundo, poniendo más tarde en manos argentinas los gloriosos jirones de la bandera del Ejército de los Andes, que hoy veneramos cual sagrada reliquia!

El otro episodio es menos conocido, porque la historia de la guerra en que se produjo, no ha sido aún escrita.

Fué durante la campaña contra el Paraguay. Para poner término al largo y sangriento batallar, en que los ejércitos enemigos parecían cobrar nuevos alientos después de cada desastre, se ordenó desembarcar tropas en el Chaco á fin de cortarles la comunicación que mantenían con aquel territorio.

Alegres y confiados iban á la cabeza de la columna expedicionaria los voluntarios de la legión argentina, por entre un espeso bosque ribereño, cuando bruscamente fueron atacados por fuerzas paraguayas. Nuestras tropas no pudieron formar cuadro para defenderse, porque habían sido envueltas en la impetuosa acometida. Ni siquiera podían hacer uso de sus pesados fusiles en la confusión del entrevero, y los abandonaron por inútiles, para pelear á cuchillo, cara á cara, uno contra seis, en duelo rabioso y desesperado, acribillándose los pechos á puñaladas y bayonetazos.

La banda de música de la legión se había refugiado con el estandarte bajo un monte, á la

orilla del río, procurando salvarlo. Y fue en aquel lugar que se desarrolló una escena de imponencia soberbia, porque pone de relieve ese coraje admirable y temerario del criollo que bravea re-
tozando frente al peligro.

Mientras sus compañeros iban cayendo allí cerca, agobiados por el número y la zaña de sus intrépidos atacantes, serenamente, como si se tratara de una de esas sabrosas charlas que animan las veladas del fogón del soldado con savias de la tierra, el joven portaestandarte y el viejo sargento de la banda, pusieronse á hablar de la muerte.

—Lo que es á ésta no me la quitan ni con la vida! En cuanto vea asómar los morriones de los paraguayos, me envuelvo con ella y me tiro al río.

—Pero va á caer en aguas enemigas, porque el río es de ellos...

—No; viejo! Ya son nuestras, porque las dominan nuestros barcos;—y al hablar así señaló al «Guardia Nacional», del bravo Murature, que navegaba á la distancia, todo empavesado de celeste y blanco, como en un día de gala.

Un alarido atronador resonó entre los matorrales, cortando de golpe el diálogo. Eran los paraguayos que venían á arrebatarnos aquel trofeo.

Sereno y altivo, con ese gesto de las supremas resoluciones, el oficial cruzó sobre el pecho la enseña, sujetando sus puntas bajo el cinturón de la espada, trepó después corriendo á lo más alto de una barranca y se arrojó para morir á la impetuosa correntada!..

Así se ama la bandera: así debemos defenderla hasta con el sacrificio de la vida, para que se cumplan por siglos y siglos aquellas proféticas palabras de Sarmiento, que son síntesis de independencia, de libertad y de gloria en el pasado, y antorcha inextinguible para iluminar los derroteros del porvenir: «La bandera blanca y celeste—¡Dios sea loado!—no ha sido atada jamás al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra. Que ella flamee por siempre sobre nuestras murallas y fortalezas, á lo alto de los mástiles de nuestras naves, á la cabeza de nuestras legiones; que el honor sea su aliento, la gloria su aureola, la justicia su empresa».

Niños, esa es vuestra bandera. En prueba de que os sentís capaces de amarla y de defenderla, de que no permitiréis que nunca sea humillada, decid conmigo: «¡Sí, lo juro!»

